

La Luz bendita descienda de las alturas y el agua mágica de la savia de mi Padre Santísimo, llegue como un torrente a inundar los corazones de vosotros, mis hermanos benditos, que os acercáis ciertamente plenos de ese amor que le tenéis y a la vez doloridos en grande manera por cuanto conserváis en el acervo de vuestra vida cotidiana, por cuanto sois llevando a través de las vicisitudes por las que atravesáis, mas os digo que de cierto y en verdad, no hay ventura mayor para vosotros, que poder depositar en el regazo de ese Padre bendito, cuanto adolece y lastima vuestra alma, porque nadie más en ese vuestro mundo encarnado, puede comprender con ese potencial de sabiduría y esa inmensa capacidad de amar, a vosotros y a vuestros hermanos, en cada uno de ellos existen una o varia espinas que le están lacerando y os brinda así de su tiempo y de ese consuelo que no podrá ser entero para vosotros, puesto que una parte de su existencia está siendo vulnerada; mi Padre en cambio en su magnificencia infinita, siempre podrá ser para todos y cada uno de vosotros el receptáculo de vuestras lágrimas, el manto protector que necesitáis, así como el cobijo necesario que está requiriendo esa alma, que como avechilla maltrecha se acerca para implorarle su protección y su consuelo ¡Ah hermanos benditos! que mi Padre se apiade de vosotros, que su misericordia infinita sea por lo mismo, inagotable y que en cada uno pueda renacer ese palio de esperanza y de amor, que ahora buscáis en su grandeza. RENÉ

No perdáis el tiempo en nimiedades, no malgastéis las perlas de cada minuto de vuestra existencia, recordad, que en tanto vosotros os distraéis volteando vuestra mirada hacia cosas fútiles, algo se os escapa de lo que verdaderamente necesitáis aprender; por ello, permaneced atentos a cada enseñanza, a cada consejo, el buen consejo, el consejo sabio que sólo encontraréis en la propia sabiduría de mi Padre bendito, el que os da vida, el que os da esperanza, el que llega a vosotros para fortaleceros y ser como la savia bendita que renueva al árbol caído; por ello permaneced atentos a su llamado y no os ofusquéis más con lo que acontecer pudiera, Él es vuestro guía y Él os llamará y os calmará en vuestras inquietudes, pues para Él sois de sus elegidos, sois de sus soldados del amor bendito, que necesitáis más que nunca entregar a sus criaturas. EFRÉN.

Benditas sean vuestras oraciones y bendito en verdad todo el empeño que ponéis en ellas, cuando de implorar para una causa noble se trata, porque para vosotros, seguidores de ese Padre bendito, es como el entregar cada día, cada alba, el tributo correspondiente a la bonhomía de vuestro propio espíritu, es como una necesidad que conlleva en la satisfacción, el alimento necesario y cotidiano como el que requiere vuestra propia materia; es entone que cuando fluye tan hermosamente de vuestros labios, de vuestro propio pensamiento la palabra sabia, la verdad impoluta que vuestro padre os ha enseñado, vuestra carne se estremece para dar salida al aleteo de vuestro espíritu, que así, arrobado en esa entrega absoluta, tan llena de amor, puede acudir a depositarse a las plantas del Creador. TOMAS